

Receta para hacer naciones

LO QUE PUEDE LA FE

Los alemanes no se han conformado con levantar monumentos a Bismarck dentro del perímetro del territorio germánico. El grabado de esta página representa la glorificación del Canciller de Hierro, dentro de la misma Francia.

Creemos oportuno reproducir un artículo español, en donde se expone, como el gran Bismarck puso los cimientos formidables de la nación estupenda, que hoy tiene fuerzas suficientes para luchar contra todo el mundo.

—El artículo de referencia es el siguiente:

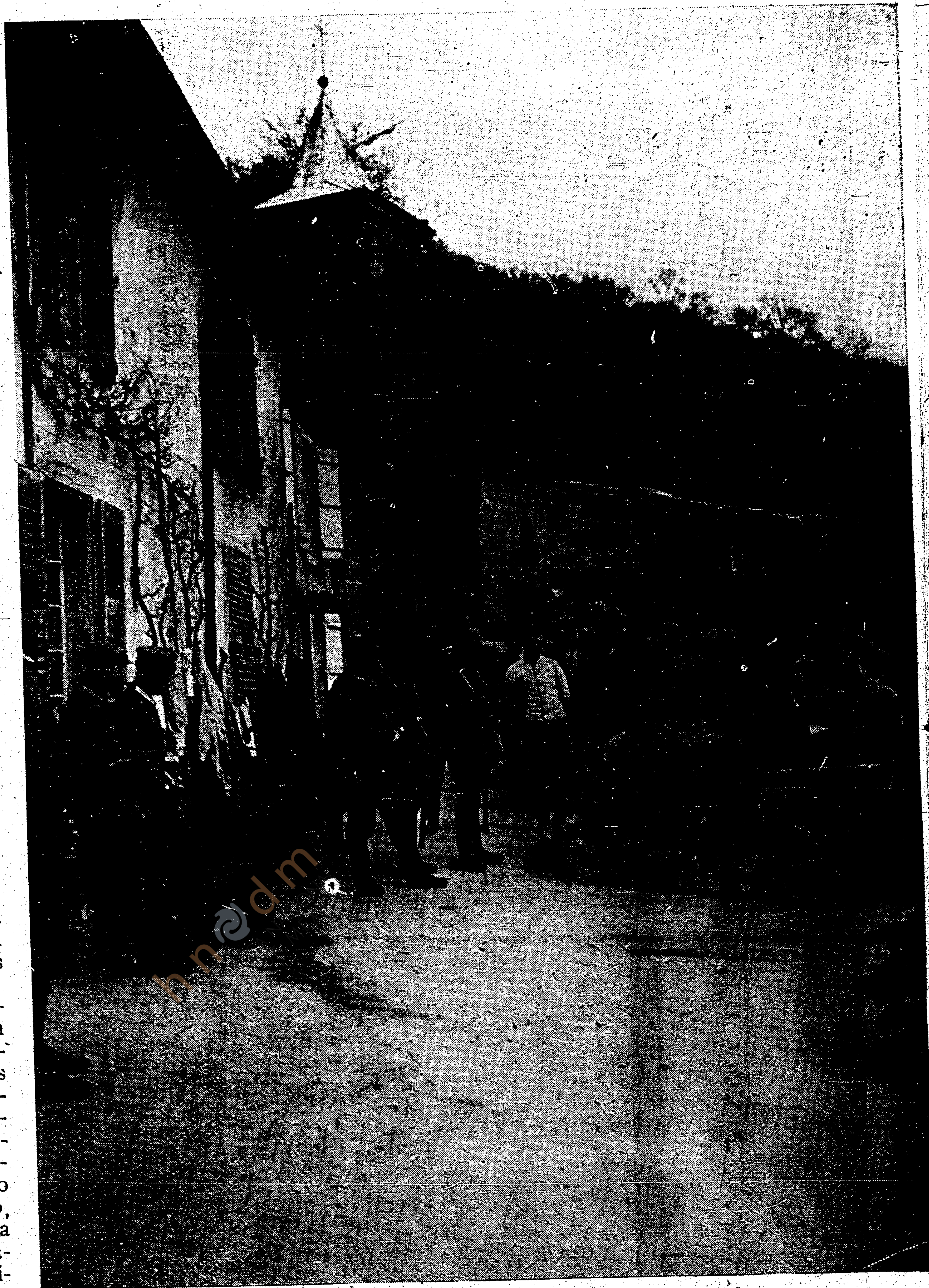
He aquí, manguado Juan Español, la receta par hacer naciones: "Se toma un hombre lleno de fe y---" Ya sé que es más difícil de lo que parece encontrar un hombre lleno de fe. Aun sin esta condición, sino buscando un hombre nada más, no logró hallarlo la linterna de Diógenes. Y la fe es fundamentalmente necesaria para el éxito de esta receta, porque la fe es espíritu de sacrificio, es energía, es tenacidad, es desinterés, es inteligencia, es luz para guiar y fuerza para vencer.

El caso de Alemania no es único, pero es más expresivo, más concreto que todos los demás. Se ve hacer una nación por la obra de la fe de un hombre, como un milagro vivo; no se crea sólo el Estado, la organización oficial, sino que se engendra un alma nacional y se le infunde tal fe que irradia y se difunde a través de una serie de generaciones.

El ideal de una patria única era para los múltiples pueblos de origen teutónico una cosa puramente retórica, de que hablaban algunos oradores y escritores, como en España se hablaba de iberismo por algunos soñadores que querían borrar de la Península la absurda raya de Portugal. Y allí el problema era mucho más difícil, porque un gran imperio, fuerte y ambicioso, Austria, aspiraba a absorber y gobernar los innumerables reinos y ducados en que se dividía la Europa Central, y además porque otras tres grandes naciones, Rusia, Inglaterra y Francia, tenían interés en que no surgiera otra gran potencia en el centro del Continente.

Había un hombre en la ingrata Marca de Brandeburgo, la más pobremente dotada por la Naturaleza, que tenía fe y acechaba la ocasión. Este hombre era Bismarck. La tradición creada en el corazón de Prusia por Federico el Grande, se había derrumbado y hundido en la aplastante derrota de 1806. El Príncipe de Bulow mismo, en su obra "La política alemana," reconoce que este acontecimiento pareció dar la razón a los que nunca quisieron ver en la soberbia creación del gran Rey más que una obra política artificial, que únicamente su extraordinario genio de guerrero y de estadista podían mantener en pie, y que debía derrumbarse cuando su fundador faltara. Era preciso, pues, un momento en que Prusia pudiera hacer despertar el abatido espíritu de la raza germana. Este momento fué la muerte de Fernando VII, rey de Dinamarca, dominador de los ducados teutones de Schleswig y Holstein.

Austria se precipitó un poco y convocó la Dieta de Francfort, para reclamar el dominio de esas tierras, y Prusia reunió la Dieta de Erfurt. Dinamarca aprendió entonces cómo Inglaterra ampara a las naciones pequeñas, cuando en ello no ve provecho ni peligro. En vano le pidió auxilio, así como a Francia; en vano les hizo ver, con un gran sentido político, que la reconquista de los ducados nortefios podía ser el comienzo de la reconstitución de Germania. No la creyeron; no la hicieron



Los Alemanes levantan un monumento a Bismarck en Francia.

caso. La diminuta Dinamarca apenas pudo defenderse, y vencida en breves combates, tuvo que entregar a Prusia y Austria en el tratado de Viena, los ducados de Schleswig, Holstein y Lanenburg.

Bismarck realizó con ello diestramente su primera maniobra diplomática. Hizo a Austria responsable ante Europa de aquel despojo, y luego se mostró con ella generoso y humilde. Le reconoció derechos administrativos sobre el Holstein y Prusia, reservóse los sobre el ducado de Schleswig, adquiriendo su jurisdicción sobre Lanenburg, pagando a Austria millón y medio de thalers. Así sembró la semilla de discordia con su aliada, a la que había que hacer desistir de sus pretensiones de dirigir a la raza germana. Con aquella empresa consiguió Bismarck despertar en Prusia el entusiasmo militar.

La reorganización del ejército fué obra rápida. Los prusianos recordaron la vieja leyenda y vieron aparecer el espíritu de Federico Barbarroja en las almenas del Castillo de Kyffanser, como una aparición mesiánica. Cuando Bismarck estuvo seguro de la fuerza de sus nuevas tropas, cuando todas las previsiones militares habían sido bien estudiadas y satisfechas, comenzaron los disturbios y las dificultades en los territorios recién adquiridos. Cada día Prusia encontraba motivo para formular una reclamación a Austria; incidentes de frontera, arbitrariedades del gobernador austriaco del Holstein con súbditos prusianos allí residentes, sencillas cuestiones de policía, hasta pleitos particulares.....Al fin, surge un in-